

## MIR y FPMR

### **El fracaso de la vía armada para terminar con Pinochet**

Manuel Salazar Salvo LN 31 de diciembre de 2006

*Los combates fueron breves, pero implacables: el asalto con tanques a La Moneda, la ocupación de ciertas industrias en los cordones periféricos, una dramática resistencia en la población La Legua y algunos conatos en los edificios del centro cívico, en los alrededores del palacio de gobierno. “El pueblo no debe sacrificarse”, había dicho Salvador Allende en su último discurso transmitido por Radio Magallanes. Se ordenó el repliegue y el paso a la clandestinidad.*



El poder de fuego de los insurrectos era incontrarrestable. Si hubo dudas, el bombardeo rasante de los Hawker Hunter sobre la sede del Poder Ejecutivo hizo evidente que cualquier resistencia sería suicida.

En los faldeos cordilleranos de Panguipulli, en la provincia de Valdivia, un grupo de obreros forestales dirigidos por el “Comandante Pepe” se trabó en desigual combate con los golpistas. Pocas horas más tarde la osadía fue pagada con el fusilamiento. Lo mismo ocurrió con soldados, clases y oficiales que se negaron a participar en el levantamiento contra la autoridad constitucional.

A las 15 horas del día 11 de septiembre de 1973 se puso en vigencia el toque de queda. Ocasionales disparos de francotiradores furtivos eran silenciados de inmediato por el tableteo de las ametralladoras. Las proclamas y las marchas copaban el dial de las radios y la televisión quedó sometida a una férrea censura. Cayó la noche y los rumores se extendieron por doquier. Algunos confiaban en que tropas leales al gobierno socialista y al general Carlos Prats someterían a los conjurados; otros, sufrían el desgarramiento de los sueños truncados y las viscerales contracciones del miedo.

En las semanas siguientes más de 30 mil personas se asilaron en diversas reparticiones diplomáticas; otras 45 mil fueron detenidas y conducidas a diversos lugares de reclusión en todo el país.

## **“El MIR no se asila”**

El primer objetivo de los aparatos de inteligencia castrenses fue capturar y eliminar a los miembros del Dispositivo de Seguridad Presidencial (DSP), mejor conocido como el “Grupo de Amigos Personales” (GAP), encargado de proteger a Salvador Allende. Con ellos no hubo condescendencia ni piedad. Lo mismo ocurrió con algunos boinas negras del Ejército, que se negaron a participar en la asonada, y que fueron ejecutados bárbaramente en el campo militar de Peldehue. Las prioridades siguientes para los golpistas eran el frente interno del Partido Socialista, la fuerza central del MIR y la dirección del Partido Comunista.

En el Estadio Nacional, en el Estadio Chile, en buques de la Armada, en la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes y en otros recintos, esa misma noche se empezaron a aplicar sistemáticamente diversas formas de tortura, las que se fueron refinando y diversificando en las semanas y meses siguientes. De los golpes se pasó a las descargas eléctricas, de las picanas al soplete de acetileno, del quebrantamiento de huesos a las violaciones consecutivas. El horror se extendió por los subterráneos de lugares secretos y vigilados. Era la puesta en práctica de lo aprendido de los oficiales norteamericanos y brasileiros sobre los conflictos de baja intensidad, las denominadas “guerras sucias”.

En la superficie, en tanto, se hacían todos los esfuerzos necesarios para preservar la imagen de las Fuerzas Armadas como salvadoras y redentoras de la nacionalidad. Las nuevas autoridades militares y civiles operaban tratando de no alterar las rutinas de la cotidianeidad, buscando la apariencia normal de la vida ciudadana.

En los extramuros de las poblaciones marginales y de los barrios de clase media, mientras, miles de agentes y colaboradores de los aparatos de seguridad trataban de desarticular las redes clandestinas de la “resistencia” e impedir cualquier intento de desarrollar focos insurreccionales.

Los únicos militantes de la izquierda que habían mantenido las armas empuñadas eran los miembros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), dirigidos por Miguel Enríquez. Ellos levantaron la consigna “El MIR no se asila” y se dispusieron a lavar con su sangre las calles de Santiago, ocupadas en breve por unas camionetas Chevrolet de color rojo donde se movilizaban los hombres de la naciente Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), comandados por el coronel Manuel Contreras.

Muy pronto, Enríquez y los miembros de la dirección del MIR comprobarían que carecían de la preparación y de los elementos necesarios para emprender una resistencia armada que no sólo se sustentara en el arrojo y en el ardor de sus corazones. Tampoco sabían que de sus propias filas saldrían hombres y mujeres que los delatarían, que los señalarían en las esquinas, que colaborarían en la cacería para exterminarlos.

Un año después, el balance era desolador: de la Comisión Política y del Comité Central había nueve muertos, 24 presos, diez exiliados, un expulsado y ocho prófugos.

## **La “Operación Retorno”**

Tuvieron que pasar cinco años para que el MIR emprendiera una nueva aventura en contra del régimen militar, tras un paciente trabajo de formación en Cuba, Libia y Argel de nuevos guerrilleros urbanos y rurales.

A mediados de 1979, viajando primero a Europa y desde allí a países del cono sur, los miristas empezaron a regresar a Chile. La dirección del movimiento estaba en

manos de Andrés Pascal Allende y de Hernán Aguiló, secundados muy de cerca por Arturo Villabela y el argentino Hugo Ratier.

En abril de 1980, la reestructurada fuerza central del MIR inició una serie de asaltos a bancos y supermercados para financiar los apoyos logísticos y otros requerimientos de la resistencia armada. El 15 de julio, en una cuidadosa emboscada, dieron muerte al coronel Roger Vergara, director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, provocando una sorda pugna en los aparatos de inteligencia de la dictadura, que terminó con la reestructuración de la Central Nacional de Informaciones, CNI, entidad que en 1978 había reemplazado a la DINA.

No obstante los aparentes éxitos, los militantes del MIR empezaron a ser detenidos o abatidos antes de que pudieran asentarse en la clandestinidad. Varios años después, dos agentes de inteligencia del cubano Departamento América, comprobaron en terreno que la Operación Retorno había sido infiltrada en La Habana y en Madrid, y que los nombres y las fotografías de los miristas habían sido entregados por la CIA a los organismos represivos de Augusto Pinochet.

Un intento paralelo por crear dos escuelas de guerrillas en el sur de Chile, en Neltume y en la Cordillera de Nahuelbuta, también fueron barridos por la inteligencia militar chilena. El “Coño” Villabela y Ratier fueron ejecutados por la CNI en la denominada matanza de Janequeo y Fuente Ovejuna, en septiembre de 1983, sumiendo al MIR una vez más en el desconcierto, en las recriminaciones mutuas y en sucesivas divisiones, proceso del que nunca más pudo recuperarse

En los análisis y autocríticas de ese período, muchos miristas han coincidido en que la Operación Retorno tuvo fallas tan severas como la escasez de casas de seguridad, falta de financiamiento para la supervivencia diaria, ineficiencia en las comunicaciones y en los contactos y falta de medios de transporte, entre otras muchas carencias.

### **La irrupción del FPMR**

El intento más serio para enfrentar con las armas a la dictadura de Augusto Pinochet lo realizó el Partido Comunista a través de la formación de oficiales en escuelas militares de diversos países de los llamados socialismos reales. La selección de los militantes se había iniciado a comienzos de la década de los ’70, pero se hizo mucho más intensa tras el golpe militar de 1973. En Cuba, principalmente, pero también en Bulgaria, en Rumania, en la República Democrática Alemana e incluso en la URSS, se formaron varios cientos de oficiales en las más variadas especialidades castrenses, llegando incluso a desempeñar roles propios de oficiales de estado mayor, como fue el caso de ciertos chilenos que combatieron en Nicaragua junto al Frente Sandinista de Liberación Nacional, a fines de 1978.

Aquellos oficiales adquirieron el convencimiento de que la formación de los Frentes de Liberación Nacional era el camino adecuado hacia el socialismo, según sus propias experiencias en Nicaragua y en El Salvador y el adoctrinamiento recibido en Cuba.

Hasta hoy se desconocen los detalles de las discusiones emprendidas en la dirección del PC, pero en diversos documentos oficiales se aprecia, primero en junio de 1977 el reconocimiento de un “vacío histórico” en la política militar y luego, tras el fracaso de los intentos por conformar un Frente Antifascista amplio con el Partido Demócrata Cristiano, a fines de la década de los ’70, la decisión de utilizar todas las formas de lucha para conseguir el término de la dictadura militar.

Los chilenos fueron trasladados desde Cuba hacia Nicaragua para combatir en el Frente Sur, donde las fuerzas militares de Anastasio Somoza habían concentrado sus mejores tropas y sus principales recursos bélicos. Aquella zona, vecina a Costa Rica, posee una geografía que impedía la lucha guerrillera y que requería el uso de técnicas propias de la guerra regular. Allí los chilenos inclinaron el resultado de la sublevación sacando el mejor partido posible a la artillería de que disponían y consiguiendo el desbande de la Guardia Nacional somocista y la fuga del dictador en julio de 1979.

### **Las disyuntivas del PC**

En el comunismo chileno se enfrentaron tres tesis de gran tonelaje. La primera defendía la tradición leninista de un aparato militar interno bajo la supervisión de la dirección política; la segunda se inspiraba en la vía italiana al socialismo puesta en práctica tras la Segunda Guerra Mundial, que indicaba que la correlación de fuerzas internacionales no permitiría el tipo bolchevique de ruptura revolucionaria; y, la tercera, estaba alimentada por la experiencia militar cubana en cuanto a la promoción de los Frentes de Liberación Nacional.

Algunos investigadores del tema han sostenido que el diseño de la política de rebelión popular de masas (PRPM), impuesta finalmente por una parte de la dirección del PC, no provino del interior del partido y provocó desde sus inicios muy serias discrepancias dentro de la comisión política, encargada de dirigir la estrategia militar. Se ha insistido, incluso, en que las disensiones fueron mantenidas en estricto secreto por muchos años, siendo desconocidas por los propios miembros del comité central.

A partir de 1980 la dirección del PC puso en marcha el trabajo militar de masas (TMM), consistente en entrenamiento paramilitar orientado a atentados menores, tales como bombas en postes de alumbrado y de teléfonos, bombas de ruido en dependencias públicas, boicots, sabotajes, propaganda armada, disturbios callejeros, barricadas, etc.

Para ello se dismantelaron y reorganizaron los distintos frentes del partido, orientándolos hacia el trabajo en las poblaciones.

Muchos de estos cuadros estaban preparados para labores de propaganda, agitación y organización en todo tipo de circunstancias, tanto legales como ilegales, públicas y conspirativas. Mantenían una férrea disciplina jerárquica y poseían entrenamiento para la aplicación de algún grado de fuerza militar.

Se hizo un esfuerzo enorme para intentar una especie de refundación del partido, con una integración más clara y definida del aspecto militar. Ello cuando parecieron agotadas las vías políticas hacia la redemocratización y se observó una creciente combatividad en diversos estamentos sociales. La decisión, sin embargo, no fue compartida por muchos cuadros de la dirigencia del partido, habituados a los compromisos, al uso de la “muñeca” y a las diversas formas de hacer política durante décadas en la democracia “burguesa” tradicional.

### **La fuerza del PC**

Tras el golpe militar la militancia comunista descendió a unas 12 mil personas, pero al iniciarse los años 80 ya se tenían unos 60 mil, muchos de ellos jóvenes y ansiosos por trabajar en la resistencia.

Junto con la llegada de los primeros oficiales se inició una ambiciosa preparación logística: se compraron o arrendaron casas de seguridad, se organizó un parque de vehículos, se montaron arsenales de armas y municiones, un sistema de medicina

militar, comunicaciones, mecanismos de financiamiento y de apertrechamiento para un vasto contingente que operaría inicialmente en a lo menos tres regiones del país.

Poco a poco el nuevo aparato militar del PC empezó a foguearse en las poblaciones de Santiago, Valparaíso y Concepción. Primero, pequeñas acciones de propaganda, luego algunas bombas para derribar los tendidos eléctricos y en seguida las primeras escaramuzas con los aparatos de seguridad. A fines de 1983 se dispuso que los elementos de la fuerza militar propia se desplegaran como una unidad político militar con apariencia de acción independiente. Al promediar el mes de diciembre, nació oficialmente el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, FPMR, con un atentado múltiple que derribó varias torres de alta tensión y dejó a oscuras a gran parte de la zona central del país.

En 1984 los mandos de la CNI y de las diversas estructuras de inteligencia de las ramas de las Fuerzas Armadas y de Carabineros comprobaron que estaban frente a un nuevo tipo de resistencia, más organizada, más decidida y más profesional. Optaron, sin embargo, por desconocer la existencia de un conflicto armado no internacional, como los establecen los Convenios de Ginebra y los protocolos adicionales que lo definen. En ellos se afirma que este tipo de conflicto es “toda situación en la que dentro de los límites del territorio de un Estado, se registren hostilidades caracterizadas en las que se enfrenten fuerzas armadas con grupos armados organizados”.

El haberlo aceptado, significaba el reconocimiento de normas explícitas como la siguiente: “Los combatientes capturados y las personas civiles que estén en poder de la parte adversa tienen derecho a que se respeten su vida, su dignidad, sus derechos personales y sus convicciones”.

El régimen de Pinochet se opuso terminantemente a darle esa categoría a los miembros del FPMR. Ellos serían siempre “terroristas” o a lo más “presos políticos”.

### **La aventura fracasada**

Desde 1983 se observaron nítidamente en Chile dos caminos para recuperar la democracia. Uno, conducido por el PDC con el apoyo de la Iglesia Católica y la simpatía de los gobiernos occidentales, orientado a promover una ingobernabilidad que obligara a los militares a pactar su salida del poder y una transición a la democracia por la vía electoral: el otro, promovido por el PC, en búsqueda de una “sublevación nacional” como vía al establecimiento revolucionario del socialismo en Chile.

Entre 1983 y 1986, el FPMR realizó cientos de acciones de variados tipos y diversas magnitudes, orientadas a asumir la vanguardia de una rebelión popular generalizada. Una de las más relevantes fue la internación secreta de un cuantioso arsenal traído desde Cuba, gran parte del cual fue descubierto por el Ejército chileno, probablemente con la asesoría de la inteligencia estadounidense, al iniciarse el otoño de 1986. Las armas venían empaquetadas para durar largo tiempo guardadas, a la espera del momento propicio de ser usadas.

La otra operación decisiva, fue el fracasado intento de matar a Pinochet en una emboscada en el cajón del Maipo, el 7 de septiembre de ese mismo año.

Estas dos frustradas operaciones significaron la agudización de las pugnas al interior del PC y el repudio de la mayoría de las fuerzas sociales y políticas chilenas que luchaban por recuperar la democracia. Los comunistas quedaron aislados y en cuestión de semanas decidieron un brusco giro estratégico, optando por desmantelar al FPMR antes del término de ese año.

La casi totalidad de los oficiales sobrevivientes, encabezados por Raúl Pellegrín, se opuso tenazmente a la decisión. Pero en junio de 1987 el PC acordó relevar la dirección nacional del Frente, ante lo cual los antiguos comandantes prefirieron romper todo vínculo con el partido y seguir por un camino propio, convencidos que la sublevación nacional era la única forma para terminar con la dictadura.

Casi simultáneamente, acicateados por conseguir el quiebre final entre el PC y el FPMR, los mandos de la CNI pusieron en marcha la denominada Operación Albania. Entre los días 15 y 16 de junio de 1987, los agentes de la CNI asesinaron a 12 frentistas, entre ellos varios de los más connotados comandantes del Frente que habían participado en el atentado a Pinochet.

### **La crisis final**

El 1 de septiembre de 1987 los hombres de Pellegrín respondieron con el secuestro del coronel Carlos Carreño, exigiendo un rescate de dos millones de dólares y la liberación de cuatro prisioneros. Tropas del Ejército revisaron gran parte de las viviendas de Santiago, pero los frentistas una vez más demostraron su enorme capacidad para emprender operaciones de gran complejidad logística.

Finalmente liberaron a Carreño en Sao Paulo, Brasil, casi tres meses después, entregándoselo indemne al actual director del diario “La Tercera”, el periodista Cristián Bofill.

En 1988, el FPMR inició la preparación de su guerra patriótica Nacional, un intento por crear focos de guerrillas rurales con bases en el norte, centro y sur del país, pese al conocido fracaso de experiencias similares en América latina.

La noche del plebiscito, el 5 de octubre de 1988, seguros de que Pinochet no acataría el triunfo del NO, los frentistas acuartelaron a 150 combatientes de elite, mejor apertrechados que los participantes en el atentado del cajón del Maipo y dispuestos a enfrentar a la Unidad de Acción Rápida que el Ejército había dispuesto en la Escuela Militar, integrada por blandados, paracaidistas y helicópteros.

La historia una vez más fue diferente y Raúl Pellegrín, en contra de la opinión de sus principales asesores, optó por lanzar el 26 de octubre la guerra patriótica nacional, decidiendo asumir personalmente la conducción de la columna que entraría a la localidad de Los Queñes, en la precordillera de la Séptima Región, lugar elegido de improviso y a última hora.

Sería su última misión. El 28 de octubre Pellegrín fue detenido por fuerzas de seguridad junto a Cecilia Magni Camino, la “comandante Tamara”, y ambos asesinados luego de ser sometidos a crueles torturas. Con él moría la “mística rodriguista” que alguna vez alentó las esperanzas de llegar al socialismo a través de la vía armada.

-----

### **Resistencia, pacto de gobernabilidad y democracia** **Andrés Pascal Allende**

El MIR fue una de las organizaciones de izquierda que más tempranamente inició la lucha contra la dictadura militar. En los primeros años fuimos pequeños núcleos clandestinos del MIR y de otros sectores de izquierda los que, bajo una brutal represión gubernamental y con un alto costo humano, mantuvimos en alto la bandera de la resistencia antidictatorial al interior del país.

Esa acción moral dio paso, a partir del año 78, a una gradual extensión de la resistencia popular que, junto con acciones de sabotaje y el hostigamiento armado

contra los aparatos represivos y la multiplicación de la propaganda clandestina, avanzó en la rearticulación social en las poblaciones, centros de trabajo y estudiantiles, y en la valiente defensa pública de los derechos humanos y democráticos. El desarrollo de esta segunda fase de la lucha antidictatorial fue posible por la confluencia y perseverante acción de los miristas, comunistas, socialistas y agrupaciones cristianas, sin la cual no habría sido posible el paso a una nueva y superior etapa de resistencia popular.

La profunda crisis económica que explotó en el año 1982 como resultado de la política económica neoliberal y el aumento de la represión estatal terminaron por empujar en el año 1983 a la masificación de la resistencia popular mediante sucesivas movilizaciones de descontento y protesta ciudadana en todo el país. Esta tercera fase de la lucha antidictatorial provocó un creciente debilitamiento político del gobierno pinochetista e hizo temer a parte de los altos mandos uniformados, a la derecha política y los grandes grupos económicos asociados al régimen autoritario, que la crisis política y económica pudiera desembocar en una situación de desgobierno y auge de la lucha democrática revolucionaria.

Los mismos líderes democratacristianos que participaron activamente en el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende y apoyaron inicialmente la dictadura militar, se sumaron tardíamente a la oposición democrática con el propósito de contener la movilización popular, aislar a los sectores democráticos más radicales, y con el respaldo del gobierno norteamericano erigirse en interlocutores válidos para la negociación de un pacto de gobernabilidad con sectores del autoritarismo. Se abrió así, en la segunda mitad de la década de los ochenta, una última y crítica fase de resistencia antidictatorial que llevó a la desmovilización popular y al aislamiento de quienes aspirábamos a que el término de la dictadura abriera paso a cambios democráticos y sociales profundos en la sociedad, provocando fuertes crisis en el MIR (división y posterior atomización) y en el Partido Comunista (desgajamientos y debilitamiento). La llamada estrategia de “concertación” fue plenamente exitosa: consiguió que la dictadura concentrara su represión sobre el ala revolucionaria de la oposición democrática y aceptara negociar con el ala concertacionista. Logró dividir a la izquierda y atraer a la “renovación socialista” al proceso negociador, concitar las esperanzas democráticas y el respaldo pasivo de una amplia masa ciudadana, negociar con los militares y la derecha el proceso de transición a un régimen civil que bajo la formalidad de procedimientos democráticos (elecciones, división de poderes, partidos políticos) asegurara la continuidad de la misma economía neoliberal al servicio de los grandes empresarios, la coadministración entre la Alianza y la Concertación de la institucionalidad política (candados constitucionales, binominal), el control monopólico de los medios de comunicación y reproducción cultural, el papel de las FFAA como garantes de la gobernabilidad institucional, y la impunidad y olvido de la responsabilidad dictatorial.

Este breve recuento de la lucha antidictatorial no es sólo un ejercicio necesario de memoria histórica, tiene también por propósito recordar el pacto de gobernabilidad en que se sustenta el sistema político actual. Todo pacto de gobernabilidad, incluso los que se visten con el ropaje de la democracia formal, consiste en un acuerdo de repartición del poder entre los de arriba para darle continuidad y estabilidad al gobierno sobre los de abajo. En el caso histórico que recordamos, el pacto consistió en lograr la continuidad de los mismos grupos de poder que sustentaron la dictadura a cambio de darle participación a parte de la oposición (la Concertación) en la repartición de los beneficios de la administración compartida (con la derecha política) del Estado. De este pacto nació la actual clase política concertacionista-aliancista que en vez de velar por la participación e igualdad

democrática promueve la exclusión de la ciudadanía de las decisiones políticas que afectan a todos; que sustenta su poder electoral en las coimas, el clientelismo y el binominalismo; que ha convertido la corrupción en sistema de vida y fuente de fortuna; y que ha pervertido el sentido de servicio público transformándolo en la práctica del lobbismo al servicio de los grandes empresarios.

Afortunadamente, no hay mal que dure mil años. Este sistema político concertacionista-aliancista ha iniciado su proceso de crisis terminal. La actual clase política pierde aceleradamente su legitimidad, y en el ámbito parlamentario y de las instituciones regionales y municipales comienza a emerger una nueva generación rupturista y crítica al actual sistema político. Es de esperar que esta nueva generación logre converger con esa vasta diversidad de organizaciones políticas y sociales que presionan desde los márgenes por el cambio de este sistema político elitista y conviertan el creciente malestar ciudadano en una activa movilización por la democracia participativa, directa, social e igualitaria. Así, el sacrificio de los que en la noche dictatorial cayeron luchando por una democracia sustantiva no habrá sido en vano.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:  
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.